

del hombre a cumplir los preceptos divinos, la mujer, en defensa legítima, salta del hogar en busca de una independencia que elevándola de donde el hombre la ha colocado, llegue hasta él y le diga: «Somos iguales. No necesito de tí; es decir, nos necesitamos los dos. Dejo de ser esclava y cuando seas digno, aquí me tienes como compañera».

Y hoy más que nunca se impone la independencia de la mujer.

Hay que destruir el desprecio que encierra la frase «las mujeres a remendar». Si, a remendar y a lo otro: a la oficina, al taller, a la fábrica a la cátedra y a todas partes donde dignamente pueda ganarse lo que necesita para su sustento. Y siempre trabajando, que el trabajo es virtud. Por tanto, compañeras mías, las que en los libros buscáis como yo la redención del mañana, no desmayéis ¡a trabajar! y estudiar que entre las líneas que ahora nos hastían está lo que mañana se convertirá en caudal de cultura ¡a trabajar! por el porvenir; a ser útiles a nuestros padres, a la sociedad y a nosotras mismas.

Y ahora para terminar una confesión sincera. Yo he tenido desmayos en mi tarea; yo he tenido momentos de desfallecimiento; yo he estado en ocasiones a punto de interrumpir mis estudios. Me da miedo pensar que, de haber faltado personas que me estimularan, quizá hubiese llevado a la práctica idea tan descabellada. Hoy, por el contrario, me estimulo yo misma y al penetrar en el valor de los consejos recibidos en el momento de aplanamiento espiritual tengo un recuerdo de gratitud para los que tan bien supieron aconsejarme.

Laura Olivares

SEBASTIAN BELLOSO LOPEZ

DROGAS

S. Bermejo, 9 VALDEPEÑAS (C. Real)

Camino de la Gloria

En una manchita del ruedo Ibérico, unos arrogantes leoncillos sacuden orgullosos sus melenas. Tan cachorrillos son, que sus celosas madres, guardadoras constantes de tan brava estirpe, con enérgicas, pero francas protestas, negaban la autorización para salir al campo a sus cachorros. En esta guisa, y presos entre las garras, estos chiquitines protestaban descontentillos ante lo que ellos creían demasiado tarde para su anhelada liberación. Pero de pronto, envidiosos del triunfo de sus mayores, los que en todos momentos vieron señores y dueños de la selva, revelán ose al conjuro de esta obsesión imborrable, rompiendo cadenas y saltando obstáculos, ya un día, abandonaron aquella cueva que a todos viera nacer... Y todos contentos, llevando sus almas templadas en el recio yunque de sus victoriosos padres, internáronse en la selva, y ante la admiración suprema de otras hermosas fierrecillas, sentaron sus reales en el corazón de ella.

• • • • •

Como pequeño bosquejo para principio de un cuento, no está del todo mal; pero es más bonito todavía saber que es la realidad misma la que me hace hilvanar estas cuartillas, que, como mías, no podrán jamás dar el valor necesario a lo que, como principal motivo, hacer también quisiera. Después de todo, debo resignarme ante mi fracaso, ya que seguramente, va a ser fracaso de muchos. Decidme acaso; ¿que pluma puede cantar, ni cómo enjuiciarse puede este gesto de unos niños que, de buenas a primeras fundan un periódico a esa edad en la cual aún «no se levé bien» con pantalones largos? Si la sonrisa de un chiquillo cae en gracia; si se aplaude el desen-

fado conque mira a veces; si se les besa por un hecho que precisamente por infantil es ingenuo, ¿cómo podrá admirarse, ni cómo contarse puede tan bello gesto? ¡Un periódico, en el cual aparecerá el pensamiento de ellos; sea éste el que fuere; la crítica de ellos; su actitud frente a un hecho; sus aplausos a lo que admiren como bueno; sus censuras a lo que juzguen como malo; y en fin, todo ese cúmulo de cosas que, en el campo de la vida, se llama desarrollo de actividades intelectuales! Y esto, señores míos, lo van a hacer unos chiquillos...

Para cantar vuestra realidad, la verdad, simpáticos amiguitos, me creo impotente.

Influenciado mi ánimo por vuestro triunfo, la noche que confecciono estas cuartillas, por él, emocionado, brindo, y así, en voz muy queda y con el alma de rodillas, como humillación merecida por vuestro gesto, os digo:

¡Niños—caballeros que lleváis en el alma el tuego del ideal hispano; adelante..! En vuestro camino a seguir, caminar siempre al paso de los tiempos... Jamás retrocedáis; pero no adelantéis demasiado por el ansia de descifrar el abismo... Llevad el ritmo que la vida en su perfecta imperfección lleva... Todos unidos, marchad hacia el camino de la perfección por aquella senda que dejaron señalada los pies desnudos de Teresa de Jesús, Juan de la Cruz y el espíritu de Cervantes, que por ser todos españoles, llamáronle la senda liberal... Tened un único caudillo: la fé; y una fuerza única: la razón...

¡Niños—caballeros que lleváis reflejada en el alma, en rojo vivo una insignia conquistadora! ¡Hombres como ya dijera Ricardo León, de cuarzo y oro, recios y sensibles a un tiempo como carne de corazón! ¡Mocitos de hoy; hombres del mañana! ¡Ra-